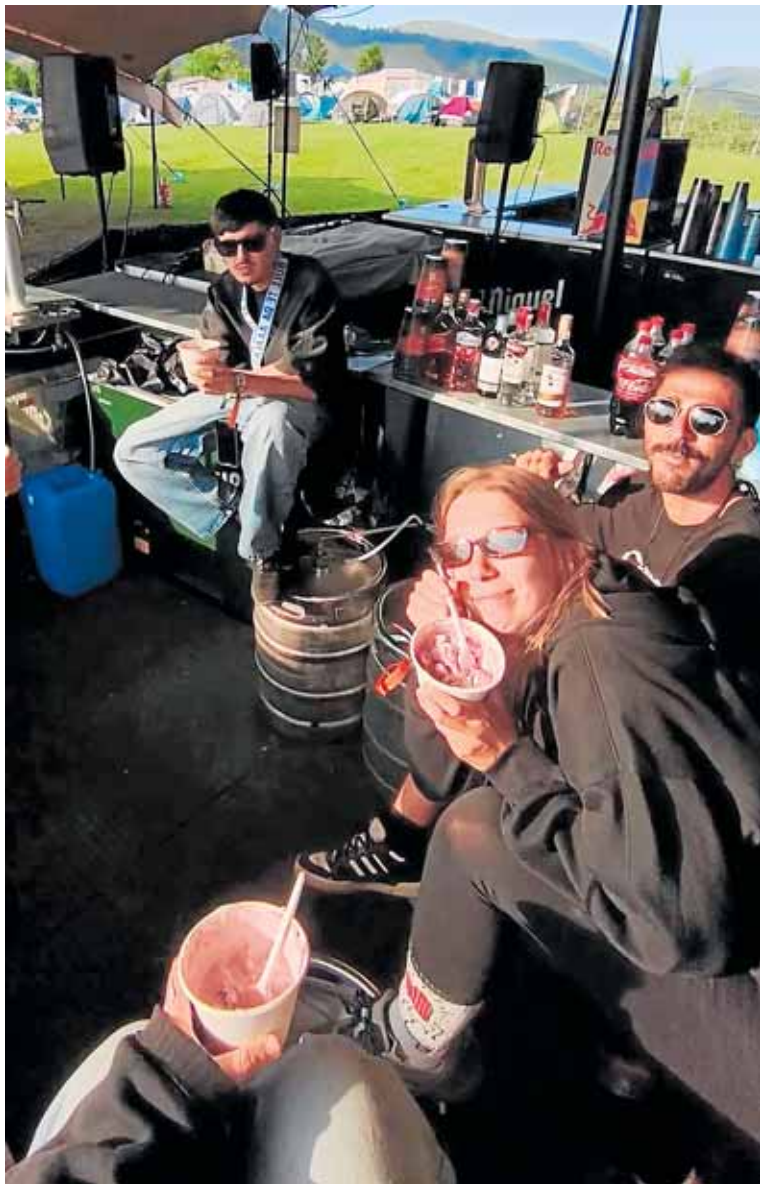




Desayunando tras acabar un turno de noche en la barra del camping del BBK.



Guitarricadela fuente, junto a Pablo Serrano, preparando el concierto en el Primavera Sound de este año. **DIOR**



Laura, Luisma y Manu (a la derecha) posan con sus compañeros de barra en el Cooltural Fest de Almería. **CEDIDA**

miento en un hospital de Murcia.

Laura, que también tiene una amplia experiencia trabajando en bares, resalta que la «responsabilidad» es incomparable porque en un festival «no te llevas trabajo a casa». «Es sota, caballo y rey. Llegas a un descampado, de repente es una ciudad, en tres días lo desmontas y vuelves a casa sin necesidad de calentarte más la cabeza», zanja Luisma. Además, añade otro factor en el que coinciden todos: «Hay una motivación económica. Podemos hablar de precariedad, hay muchos festivales que lo son, pero si sabes que te vas a matar a trabajar y vas a ganar bien, compensa».

De todas formas, todos los temporeros musicales tienen sentimientos encontrados. «Yo espero no volver a ir a un festival. A trabajar, a disfrutarlo sí», sonríe Manu. Laura matiza: «Cuando llega octubre siempre pienso: 'no me quiero ver en mayo del año que viene en otra igual', pero al final lo tienes que hacer». En general, hay dos modos de enfocar este trabajo: cuando llega octubre y acaba la temporada, reina el hartazgo y el 'no volveré'. Cuando pasa el invierno, el gusanillo reaparece. «Y te entra un poco el mono», reconoce Luisma: «Mi pareja ya se ha ido este año a hacer festivales con otros compañeros y a mí me ha dado 'fomo' (expresión que utilizan los jóvenes para definir la ansiedad por perderse experiencias gratificantes) por quedarme en casa, sentaico... Sabes que vas a estar de buen rollo, vas a volver a ver a gente. Y es que es eso, tío, trabajas y sacas pasta».